

M A D R I D.
En el Deposito Calco-gra-
fico, calle de Preciados.

PROVINCIAS.
En las principales li-
brerías.

EL REFLEJO,

REVISTA SEMANAL

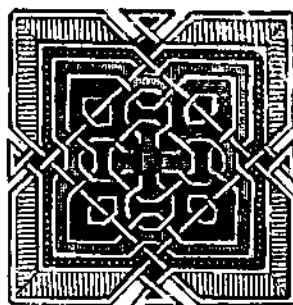
Sale todos los jueves á mediodía, y da mensualmente dos ó tres láminas en acero.

El precio de suscripcion para Madrid es 12 rs. al mes y 36 por trimestre. Para las provincias 40 rs. por trimestre si se verifica el abono en las respectivas librerías; y 36 si se hace la suscripcion en el Deposito Calco-gra-fico en esta corte, ó se remite franco de porte su valor en letra, ó libranza sobre correos, á la órden del Director del Reflejo.

Sin láminas 6 rs. al mes en Madrid. Para las provincias 24 ó 28 por trimestre segun el modo de verificar la suscripcion.

VIDA DE JESUCRISTO.

INTRODUCCION.



DIOS habia criado el cielo y la tierra, y todas las maravillas que en el universo se contienen, y sin embargo algo faltaba á su obra. Era necesario en el centro de esta creacion sublime un ser que pudiese contemplar la magnificencia del firmamento con sus miles de estrellas, que pudiese disfrutar de las riquezas infinitas de la tierra, que mandase á las demás criaturas, que fuese rey del mundo: entonces Dios hizo el hombre á su imájen y semejanza, mostrándose pródigo para con esta obra grandiosa de su creacion. A la hermosura de sus formas, á la riqueza de sus proporciones, á su noble ademan, á su actitud majestuosa, añadió perfecciones aun mas preciosas todavia: la inteligencia, el perfecto conocimiento y amor de Dios, la justicia, la inocencia, la libertad; dióle por compañera y por amiga la mujer, esotra criatura, bella é inteligente, que debía partir con él su admiracion, su imperio y su felicidad sin fin, porque am-

los habian sido criados inmortales. Colocó el paraje de su imperio en las llanuras mas deliciosas del Asia, bajo el hermoso cielo de la Palestina. Por largo tiempo gozaron estos dos seres privilegiados de todas las prerogativas anejas á sus perfecciones; mas al fin dejóse seducir el hombre por un pensamiento de orgullo; quiso ser semejante á Dios, y la pérdida de su talisman de inmortalidad fue el premio de su desobediencia. Sin embargo, en medio de este decreto terrible que le condenaba al destierro, al trabajo, á la muerte, pudo oír esta consoladora promesa, en la que la clemencia del Criador se revelaba bajo las palabras severas del airado juez: «De la mujer nacerá el que quebrantará la cabeza á la serpiente.» De aquí vino la tradicion que fue perpetuándose de edad en edad de que una mujer deberia reparar el mal causado por la primera mujer: y cuando el Señor, irritado con los crímenes de los hijos de Eva, resolvió borrar por medio del diluvio hasta los vestigios de aquella jeneracion corrompida, la promesa de un reparador futuro entraba en el arca con la familia de Noé; y mas tarde, cuando la dispersion de los hombres, esta dulce y consoladora esperanza los seguía mas allá de los montes y los mares.

Empero los tiempos corren, levántanse ciudades y metrópolis, soberbias y olvidadas del Dios vivo, y sin embargo el recuerdo de la culpa y de la promesa de su reparacion, permanece en pie sobre las ruinas de las primitivas creencias. Luego despues, el orgullo de la ciencia oculta la verdad en el fondo del santuario;

el hombre se complace en ocultar al hombre su origen y su fin. Las tradiciones patriarcales no llegan á él las mas veces sino bajo las formas simbólicas, y, viendo que no comprende su sentido, empieza el hombre á dirigir á la alegoría los homenajes debidos al ser que representa; de aquí el origen de la idolatría.

Esta tendencia á la idolatría iba creciendo siempre. Las naciones mas ilustradas y sábias, los Caldeos, los Egiptios, los Fenicios, los Griegos, los Romanos eran los mas ignorantes y ciegos en materia de relijion. «Quién será osado, dice Bossuet, á referir las ceremonias de los dioses inmortales y sus impuros misterios? Sus amores, sus crueldades, sus zelos y todos los demas escesos eran el asunto de sus fiestas, de sus sacrificios, de los himnos que se les cantaban y de las pinturas que se les consagraban en sus templos; de este modo el crimen era adorado, y estaba reconocido como necesario al culto de los dioses.» A tal punto de ceguedad habia llegado el mundo que no podia soportar la menor idea del verdadero Dios. Atenas, la mas culta de las ciudades griegas, condenaba las doctrinas de Sócrates por demasiado metafísicas. Toda la tierra estaba poseida del mismo error; la verdad no se atrevia á mostrarse.

En tanto que así se adelantaban los tiempos consagrados por la tradicion para el cumplimiento de los divinos oráculos, hacíase cada dia mas inminente y mas sentida la necesidad del Redentor. En medio de las naciones occidentales del Asia, habitaba un pueblo en el que las profecías habian anunciado no tan solo la venida del Mesias futuro, sino sus obras y padecimientos. Isaías dice que el hijo de la Virgen se llamará Himmmanuel (Dios con nosotros); Jeremías le da su nombre celeste, Jehova; Malaquías ve su precursor; Miqueas designa á Belen como el lugar de su nacimiento; Isaías predice que comenzará su predicacion en los confines de la tierra de Zabulon y de Neftalí, á lo largo de la mar que se estiende hasta mas allá del Jordán, y en la Galilea: David precisa la forma parabólica de sus discursos: Zacarías marca su entrada humildemente triunfal, así como los treinta dineros, precio de la infame traicion de Judas. Todas las circunstancias del gran sacrificio son narradas muchos siglos antes de su cumplimiento; los falsos testigos suscitados contra Cristo, su azotamiento, su crucifixion entre dos ladrones, la lanzada que abrirá su costado, sus vestiduras echadas á la suerte, las burlas que sufrirá á su paso, su súplica en favor de sus verdugos, &c. &c.

Por fin, llega el dia fijado para la reparacion, pero antes una inmensa inquietud se ha apode-

rado de los espíritus; un desasosiego contajioso reina en los pueblos, salen ruidos misteriosos de las ciudades y circulan por las cabañas, acúdense con afán á los astrólogos; los niños preguntan á los ancianos; tanto bajo la tienda del Arabe como en el huerto del Batavo, cada cual se informa del nuevo siglo; en ningún tiempo se han visto tales agitacione, jamás se ha esperado con esperanza tan grande. La misma Roma no está exenta de inquietudes, y, en tanto que Atenas eleva un altar al Dios desconocido á quien se aguarda, Virjilio, el cantor inmortal, esclama: «Mirad al mundo vacilando bajo el peso de su bóveda, las tierras, los vastos mares; como todo se regocija con el siglo que va á nacer..... el niño gobernará al mundo pacificando..... la serpiente perecerá.»

La hora ha sonado ya: el Redentor del mundo acaba de nacer, no rodeado de púrpuras, sino en medio de humilde paja. Pasa su infancia en los viajes, en medio de las incomodidades de la oscuridad. A los treinta años comienza á predicar su doctrina. Reune en una las verdades esparcidas en medio del jénero humano; instruye con la palabra, confirma con el ejemplo, distribuyendo el precepto á las campiñas y á las ciudades, á los doctores y á los ignorantes. Venido para consolar á los débiles, á los indijentes, á los oprimidos, les llama diciéndoles: VENID A MI, VOSOTROS LOS QUE SUFRIS Y ESTAIS AFLUIDOS, Y YO OS ALIVIARE. En apoyo de la moral toda de amor que enseña á los hombres, les dice: AMAOS UNOS A OTROS. Durante tres años ha difundido su luz, ha obrado prodijios á la vista del pueblo; para contar sus milagros seria preciso contar sus pasos. El cielo y sus ánjeles, el infierno y sus demonios, el mar y sus tempestades, todo espera sus órdenes para obedecerlas, todo parece decirle: HENOS AQUÍ. A su voz, hablan los mudos, andan los cojos, oyen los sordos, ven los ciegos, huyen los demonios; una palabra, un jesto, un deseo le basta para obrar las cosas mas grandes. Su vista lee en el fondo de los corazones de aquellos que le motejan sus proyectos y sus intenciones; en las lágrimas de la Magdalena ve la amargura de sus pesares y los piadosos transportes de su amor; en las aclamaciones del pueblo, su pasajera afeccion y su ingratitud obstinada; en las preguntas de los fariseos y de los doctores, la maldad y las culpables maquinaciones de su baja envidia; en el beso de Judas, su traicion y su impenitencia; en el corazon de Pedro, su cobarde defeccion y su noble arrepentimiento.

La carrera evánjelica de Jesus toca á su fin; pero su mision no está cumplida; en la cima del Golgota es donde debe verificarse el desen-

lace del gran drama de la redencion del género humano. El calvario ha resonado con los golpes del martillo, el instrumento del sacrificio está levantado, la víctima espiatoria aguarda sobre el altar; Jesus estiendo los brazos como para llamar á todas las naciones á la monarquia del rey crucificado. Las profecias se han cumplido; tórbase la naturaleza, que se asocia á los padecimientos de su rey; una mano secreta rasga el velo del templo, quebrántanse las rocas, saltan en pedazos las losas de los sepulcros; el sol, para no alumbrar un crimen inaudito, vela su faz con fúnebre disco; Jesus ha muerto!

Tres dias despues, los soldados destinados á la guarda del sepulcro no pueden restituir el cadáver; se ha estremecido la tierra; un ángel radiante ha sacudido la piedra de la tumba; segun su promesa, Cristo ha resucitado. Aparécese á sus discípulos, y un instante despues se remonta á los cielos á sentarse á la derecha de su padre; su presencia sobre la tierra no es ya necesaria; deja á doce pescadores el encargo de hacer la conquista del mundo. Cuatro de ellos, san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan, nos han transmitido la vida tan sencilla á la par que sublime de su maestro. La naturalidad de la narracion, la concordancia perfecta de los hechos importantes, la diferencia de tiempos y lugares en que han escrito estos apóstoles, son una prueba incontestable de la autenticidad de los hechos evangélicos.

Empero el apostolado ha comenzado: la palabra poderosa de los apóstoles ha resonado de una á otra estremidad del mundo conocido. Proclámase la emancipacion del hombre; predícase la libertad, la igualdad, en nombre de Jesus crucificado, y al instante las familias, los lugares, las ciudades, los reinos, corren á alistarse bajo el estandarte de la cruz.

Y tres siglos despues de la muerte de Cristo, en tanto que las naciones bárbaras se esfuerzan por medio de suplicios inauditos en detener los progresos de su doctrina, hallase el instrumento de la salud de los hombres por los afanes del emperador Constantino y de su piadosa madre, y recibe una magnífica consagracion. Elévase un templo soberbio, en el que se confunden las riquezas del Oriente y del Occidente bajo el nombre de Santo-Sepulcro, en los sitios mismos en que se cumplió el gran misterio de la redencion del mundo. Desde entonces cien y cien siglos, cien y cien revoluciones han pasado por cima del templo, y el templo está siempre en pie, verdadero fanal que indica á las naciones azotadas y sacudidas en el mar de la incredulidad y del error el puerto único que les ofrece un abrigo en las borrascas.

LA CORONA

del Dante y del Petrarca.



ERCA de un año había transcurrido desde aquella noche en que Pietro había conducido en su barca al incognito, á pasear sobre el golfo de Nápoles. El tio del pescador había ascendido á la digni-

dad de prior del convento, y reinaba sobre aquellos pacíficos habitantes del claustro en la ausencia de su superior, que á la sazón había ido á recibir la púrpura en el palacio del Vaticano.

El padre Ambrosio contemplaba desde el terrazo de su convento aquella Roma que aun conservaba tantos restos de su sangrienta gloria; restos en los cuales aun están impresas las huellas jérmanicas que derrocaron con la espada aquel imperio cimentado tambien con el acero; restos entre los que se eleva majestuoso é indestructible el Domo de san Pedro, símbolo gigantesco de nuestra religion sublime. Recordando el monje todas aquellas glorias desvanecidas, encharcadas en la sangre que habian hecho derramar, y contemplando en pie sobre los arruinados templos del paganismo la inmensa cúpula de san Pedro, exclamaba: «Dios solo es inmortal. Llegará un dia en que esa santa casa, que el gran Miguel Anjel ha suspendido sobre los aires, se desplome de su pedestal y envuelva entre sus ruinas las ruinas del coliseo. Mas, ay! se acordarán mas tiempo de Rafael, del Dante y de Petrarca, que de todos esos conquistadores de la antigüedad cuyos nombres se leían en los pilares de sus arcos triunfales, hasta el dia en que la maza de los visigodos borró sus nombres como había borrado su poderío.»

En medio de estas reflexiones ocurriósele varias veces al buen prior el nombre de Torcuato Taso, y añadió.... «Y por qué no?... No ha merecido este honor por su jenio y por sus desgracias!»

En aquel momento se abrió la pesada puerta del convento, y entró un hombre en los claustros rogando al monje que le concediera un abrigo contra los ruidos del mundo.

La frente de aquel hombre era ancha y despejada: su cabeza calva: sus lábios pálidos no

acertaban sino á sonreírse amargamente. Sus ojos vidriosos y amortiguados se inflamaban por intervalos despidiendo vivísimos rayos como una lámpara poco antes de apagarse. Aquel hombre era el mismo que un año antes pasó una noche en la cabaña del pescador napolitano. Se hizo presentar al padre Ambrosio y le refirió la balada de su sobrino, y todas las particularidades de su delicioso paseo sobre el golfo, pues lo tenía muy presente en su memoria. Venía acompañado de un paje de Clemente VIII, el cual recomendó eficazmente que le tratasen con las mayores consideraciones, pero sin decir el nombre del misterioso huésped. Únicamente, desde lo alto del terrazo, en el palacio del papa, hizo reparar al padre Ambrosio en el capitolio que resplandecía á su vista bañado por los rayos de oro y púrpura con que el sol le inundaba de luz.

Quedóse el desconocido en el convento; comunicándose poco con los monjes y siempre meditabundo, triste y solitario; solo se distraía conversando con el padre Ambrosio. Una tarde en que el sol al desaparecer en el horizonte se veía oculto entre los negros vapores que envolvía su disco, dijo el monje.

«Esa es señal de lluvia: el cielo no está siempre sereno.

—Teneis razon, padre mio: y aun son menos raros los dias apacibles en el cielo que en nuestra vida humana. Yo he arrostrado furiosas tempestades antes de poder reposar en este asilo mi cabeza fatigada que se inclinaba ácia el sepulcro. Este convento es la rada, esta fosa es el puerto. Pronto descansaré yo en ese puerto; quizá es hoy el último dia que admiro la luz del sol. Mañana será un dia lluvioso.

—Hijo mio; bien sabéis que la humedad del ambiente os es perjudicial.

—Acaso lo será para mi cuerpo, oh padre, pero mi alma necesita respirar en aire libre y puro.

Al dia siguiente llovió, y al inmediato tambien llovía fuertemente. El superior del convento volvió de Roma, revestido ya del carácter de cardenal, y anunció que se preparaba en el capitolio una fiesta magnífica, pues se iba á coronar á un gran poeta. A estas palabras el extranjero trató de incorporarse en el sitial en que yacia sumergido en hondas meditaciones, y preguntó, pero en vano, el nombre del poeta. Una calentura violenta le dejó postrado, el delirio turbó sus sentidos y con apagada voz murmuraba los nombres de Ariosto y el Taso.

El mal temporal y la lluvia retardaron el momento de la coronacion. Por fin el 14 de agosto de 1587 el sol apareció brillante y se serenó el tiempo. Aquel dia procuró levantarse el estran-

jero porque supo que era el prefijado para celebrarse la apoteosis. Arrastrándose penosamente, pudo llegar hasta el terrado del convento, y vueltos sus ojos ácia Roma, no los apartó ni un solo instante de la cúpula del Capitolio. Al anochecer aun se hallaba inmóvil en el mismo sitio, sin aliento y moribundo, cuando oyó una voz sonora que heria los aires con el nombre de Torcuato Taso: en aquel momento cayó en tierra casi exánime, murmurando el nombre de Pietro. El padre Ambrosio prestó atento oído y oyó resonar el canto de una balada del Taso.

Pocos instantes despues vió entrar á Pietro, y el monje le recibió en sus brazos preguntándole con interés:

«Qué motivo te conduce á Roma!»

Pietro no le dió contestacion, sino que dirigiéndose al extranjero, mirándole con ternura y estrechando su mano, le dijo con emocion y con orgullosa alegría:

«Ya os acordareis de mi balada del Taso, á la que faltaba una estrofa: pues bien, en el dia ya está completa.

—Cómo?

—Sí; mañana se corona al gran poeta en el Capitolio.

—Será cierto,» murmuró el desconocido, y levantándose con majestad y señorío, y dejándose ver el rostro que resplandecía con la gloria de los ángeles, y contemplando con sereno continente cuanto le rodeaba, exclamó:

«Yo soy, yo soy el Taso.»

Este último esfuerzo acabó de postrarle y cayó espirante entre los brazos de Pietro y del monje. Con una mano hizo una seña al pescador para que enjugase sus lágrimas y con la otra le señaló ácia el capitolio. Sus ojos se cerraron; el cantor de la ciudad santa habia dejado de existir.

Al siguiente dia el sobrino del papa colocó sobre el féretro de Torcuato Taso la corona del Dante y del Petrarca.

Pietro habia compuesto la última estrofa de su tierna balada, pero jamás se encontró: el poeta de Chiaia nunca tuvo el triste valor de cantar la muerte de aquel otro poeta su hermano.

R....

AMOR DE PADRE.



El 13 de noviembre del año de mil ochocientos y tantos una berlina de viaje se detuvo delante de una casa de postas. Dos hombres se apearon del carruaje conduciendo en sus brazos una hermosa dama. Embarazada

de ocho meses se sintió acometida en medio del camino por los primeros dolores del parto. Los viajeros pidieron un aposento, y encargaron que se buscara un médico á toda prisa. Se envió por él á la ciudad inmediata, pero se le esperó largo tiempo; cuando al fin resonaron las pisadas de su negro caballo, ya era tardía su llegada, puesto que la condesa de T..... acababa de dar á luz una niña.

El uno de aquellos dos hombres era su padre, y el otro un íntimo amigo del conde, el marqués de C..... Ambos deseaban ganar la frontera é internarse en Francia.

Sentados al lado del lecho de la enferma, cubierto por largos cortinajes de damasco, y junto á una mesa sobre la que ardía una bujía amarillenta, conversaron algun tiempo en voz baja y con desasosiego aquellos dos personajes en cuyos semblantes se leía la mas viva inquietud.

«Ya deberíamos estar en Vitoria que es donde podremos remudar caballos.

—Mucho recelo que nos sean inútiles.»

En aquel momento se oyó el ruido confuso de jentes armadas; ambos se separaron, retirándose á sus cuartos inmediatos, haciéndose una señal de dolor é inteligencia. El facultativo permaneció al lado de la enferma. Pocos momentos despues el conde oyó llamar á la puerta del aposento de su amigo.

«El marqués de C..... gritaron atropelladamente varias voces confusas y groseras.

—Yo soy, les respondió.

—En nombre de la ley daos á prision; » le contestaron los soldados que habían venido silenciosamente siguiendo su berlina, protegidos por la oscuridad de la noche.

El marqués se presentó á la puerta de la estancia de su amigo, entre dos soldados. Su separacion fue dolorosa.

«Toma, amigo mio, le dijo en voz baja, introduciendo en su mano furtivamente su cartera; esta cartera contiene papeles que tú procurarás dar á mi hijo. Cuento con tu amistad! Adios!»

Y se abrazaron por la última vez. Cuando todo se tranquilizó, el conde de T...., que se había disfrazado con la librea de cochero para acompañar á su amigo, se aproximó al lecho de su esposa. La desdichada no había podido resistir á tan fuertes emociones; volvió los asombrados ojos ácia su marido, y señalándole con delirante afán su niño, exclamó: Vela por sus dias... A poco espiró.

II.

Cuando el conde se tranquilizó algun tanto, y, procurando olvidar los horrores de tan funesta

noche, abrió la cartera, contenia esta una carta sin cerrar dirigida al hijo del marqués, y dentro un título de ocho cientos mil reales.

El hijo del marqués se hallaba entonces en las Indias Orientales. En aquel momento se le ocurrió un pensamiento diabólico. Era padre, y padre de una niña que prometia ser hermosa como un anjel, y á quien queria con delirio, habiendo reconcentrado en su hija el amor inmenso que tenia á su madre. El hijo del marqués era un calaveron deshecho á quien probablemente no se volveria á ver. Dónde residia? A qué punto dirigirle la carta? Las Indias están tan lejos! y ademas su amigo le era deudor de muchos beneficios que no le había recompensado! Acompañarle cuando su cabeza estaba proscripta, arriesgarse á las consecuencias de una huida y de un viaje penoso, perder una esposa por su causa, eran sacrificios mayores que los que se deben exigir de hombre ninguno.

Arruinado en la guerra de la independencia, el porvenir de su hija debía ser bien triste. Aquella suma de ochocientos mil reales era un dote de la providencia. Ningun testigo podia levantar su voz para acusarle, como no fuese su conciencia: pero el motivo que le impulsaba era tan puro, tan noble, tan digno de excusa.... era por el amor de su hija. El conde se acercó á la cuna de la niña: dormia tranquila, sus blancas manitas parecia que buscaban aun la mano de los ángeles. Al verla tan hermosa y tan inocente, sintió que el alma se le desgarraba al considerar que se veria espuesta á la miseria y al infortunio, y al verse solo en la oscuridad de la noche, la ocasion, su ternura, el infierno le aconsejó traidoramente é hizo pedazos la carta. —En seguida, guardando el billete de los ocho cientos mil reales, se puso á pensar sobre el empleo que les daria para proporcionar á su Carolina mayor felicidad sobre la tierra.

III.

Serenadas las tempestades políticas, el conde regresó á España acojiéndose á la amnistia. Carolina admiraba ya por su donosura y jentileza, y aunque niña era el encanto de las sociedades. Su voz tierna, sus melancólicos ojos, su expresion y su gracia hacian que todos se interesasen por ella; lo cual regojaba el corazon de su padre. Su hija era su Dios, y su amor adoracion sin fin á aquella niña, en cuyos rubios cabellos y purísima frente recordaba sus antiguas desgracias y su felicidad presente.

La posicion del conde llegó á ser brillante. Se le restituyeron bienes confiscados y se le nombró para un destino de consideracion, con lo que se encontraba rico. Su honradez no se

desmintió jamás, sino en aquella noche dolorosa; y durante su pobreza había preferido mas vivir miserablemente, que tocar á un solo doblon de aquella suma que consideraba sagrada y como dote de su idolatrada Carolina.

Los años vuelan, y esta llegó á cumplir los diez y siete. Su padre buscaba solícito el jóven que podría merecer llamarse su esposo, pero la jóven no concedía su preferencia á ninguno, sonriendo á todos con amabilidad y manifestando en su serenidad y complacencia que aun no se habia presentado á sus ojos el bello ideal que todos soñamos una vez en nuestra vida. Carolina entonces era ya una divinidad para todos, blanca como el armiño, tierna y sensible, airosa y elegante en sus ademanes, seducía con sus hechizos.

Entre los mil adoradores que la rodeaban, se presentó una noche un jóven que se hizo anunciar como recién llegado de las Indias. El conde le recibió con disgusto y se turbó al ofrecerle su casa: pero á Carolina le pareció un jóven muy interesante, apesar de que traía el cutis quemado del sol. Volvió á los bailes del conde y Carolina se sorprendió del instinto irresistible que la arrastraba ácia el jóven desconocido, y á fuerza de verle y de pensar en él, se le figuró hermoso y digno de su amor. Aquel jóven era el hijo del marques de.... á quien el conde habia usurpado la herencia de su padre.

Regresaba de las Indias, poseedor de un capital inmenso: y los bienes que se le habian adjudicado como pertenecientes á sus padres, que por entonces ya habian fallecido, completaron su gran fortuna. Autorizado por tan recomendables títulos Leonardo, conde de..., solicitó la mano de la condesa Carolina.

(Se concluirá.)

LA SIRENA.

PENSAMIENTOS RELIJIOSOS.

Que tan encantadora la belleza, tan inefable la santidad de nuestra religion, que, una vez conocidas, imposible es no amarla. Tal vez á la sombra de los templos de mi Dios viva yo con un corazon pagano; tal vez para alucinarme con sombras de fugitiva felicidad busque ávidamente festines, músicas, y miradas de inflamadoras bellezas. Si alguno me dice: pues si conoces la verdad y la belleza de la religion, por qué no observas sus preceptos? yo enmudeceré dejando caer la frente en mis manos, para ocultar mi vergüenza. Si replica, pues no sabes que esa religion te condena? yo temblaré sintiendo el re-

mordimiento incorruptible que es el infierno de este mundo. Pero si añade, quisieras que fuese falsa tu religion? ah no: eso no, gritaría yo mil veces!.... Quién es el hombre tan vil que renuncie la inmortalidad? Quién es el hombre tan duro, tan ingrato, que al leer el Evangelio desee en su corazon que no sea Jesucristo su Dios? Además el hombre, por enloquecido que esté, conoce demasiado bien que es muy triste la vida que arrastramos, y presiente que abrumado algun dia por el dolor, y no cabiendo en su corazon la melancolia, ha de mirar como último refugio los brazos de Jesucristo, y como único consuelo las lágrimas que derrame al pie del altar desde el cual le está mirando quien dijo: «Bienaventurados los que lloran.»

Nosotros hemos leído una historia celestial, y hemos visto en el hijo pródigo al cristiano extraviado, y en el padre que le perdona á aquel buen Dios que hizo una virtud del arrepentimiento.

«Me levantaré (decía el hijo pródigo) é iré á mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de tí.»

«Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: hazme como á uno de tus jornaleros.»

Y levantándose se fue para su padre. Y como aun estuviese lejos le vió su padre y se movió á misericordia: y corriendo á él le echó los brazos al cuello y le besó.

Y el hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo y delante de tí: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.»

Mas el padre dijo á sus criados: «Traed aquí prontamente la ropa mas preciosa, y vestidle y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus pies.

«Y traed un ternero cebado, y matadle, y comamos y celebremos un banquete.

«Porque este mi hijo era muerto y ha revivido: se habia perdido y ha sido hallado.» Y comenzaron á celebrar el banquete.

Y su hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino, y se acercó á la casa, oyó la sinfonia y el coro.

Entonces se indignó y no queria entrar. . . .

El padre le dijo: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos.

Pero razon era celebrar un banquete y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto y revivió: se habia perdido y ha sido hallado.»

* S. Lucas, cap. 15, vers. 18 y siguientes.

A. APARICI.

VISITAS

Y OTRAS LINDEZAS DE LA CORTE.

(Romance satírico.)

Soy hombre, por mis pecados
hombre soy, mucho lo siento,
no porque ansie ser hembra,
tampoco ser dama quiero.
Allá en el lecho nupcial
mis padres lo dispusieron,
mas á estar en mi alvedrio
en vez de hombre salgo cuervo.
Con el pico de azabache,
tan reluciente, tan negro,
volando de pino en pino,
de pino en pino comiendo.
Mi madre no padeciera
esos dolores acerbos,
que diz que al parto acompañan
cuando los hombres nacemos.
En vez de parir muchachos
es mas fácil poner huevos,
calentarlos, y al avío;
á pocos días polluelos.
Hubiera yo sido un pollo,
pero un pollo de provecho,
con tamaño boca abierta
para recibir el cebo.
Después el nido dejando
y las alas sacudiendo
por el espacio infinito
al aire daría el vuelo.
Sin pagar contribuciones,
sin sastres ni zapateros,
roedores de bolsillos,
zurcidores del dinero.
Sin drogas y sin recetas,
sin boticarios, ni médicos.
Item mas, sin abogados,
por conaiguente sin pleitos.
Sin mujeres que atolondran
con sus gritos descompuestos.
Sin chicos que pidan pan,
ni recados del casero.
Sin criadas ni criados,
que los mejores entre ellos
pasan la vida sisando
y murmurando y durmiendo.
Sin campanas que al sonar
con su rudo clamoreo
arrebaten á los vivos
la paz que gozan los muertos.
Sin curas ni sacristanes,
sin procesiones ni entierros,
ni toda esa trapisonda
de funerales recuerdos.
Una parroquia vecina
es un regalo por cierto,
es cuanto hay que apetecer
de sonoro y de halagüeño.
No bien salta doña Aurora
soñolienta de su lecho,
con un ojo entre-cerrado,
con el otro medio abierto,
entre si son ó no son,
si me visto ó si me duermo.

á comenzar perezosa
el matutino paseo,
cuando empiezan las campanas
dilin..... dilin..... cementerio.
Y bien, señor sacristan,
qué quereis decir con eso?
qué nos hemos de morir?
pues ya todos lo sabemos.
A qué viene atormentar
los vivos con tal voleo?
Mas tu respuesta adivino,
«eso viene á los derechos.
Una tumba es una mina,
que entre lágrimas y duelo
produce sendos doblones
á los que de tal comemos.»
Y mientras tú nos destrozas
con horrible campaneo,
la sacristana en su cama
sigue tan guapa durmiendo.
Oh! sacristan, sacristan,
maldito sea tu cuerpo!
deja de tocar campanas
y vete de aquí corriendo;
emisario de la muerte,
enemigo del sosiego,
escarnio de los difuntos,
y de los vivos tormento;
con la torre ^{de las} campanas
escóndete en el infierno,
y ni los diablos te vean,
pues si te ven eres muerto.
Mejor que el hombre en la corte
vive en los montes un cuervo.
Sin coches que le atropellen,
sin carros de cal ni yeso,
sin mequetrefes que montan
caballos mejores que ellos,
y porque van á caballo
se les llama caballeros;
sin ver orgulloso al crimen
entre bordados envuelto,
ni la perfidia entre risas
y mentidos cumplimientos:
sin deslenguadas plazeras,
sin esos malditos ciegos
de cuyas gargantas brotan
no palabras, sino truenos:
sobre todo sin visitas;
qué visitas, santo cielo!
no son visitas, son duendes
y ambulantes abisperos;
Hay en la corte moscones
que pasan el dia entero
á los hombres laboriosos
robando paciencia y tiempo.
Ladrones de gloria ajena,
ladrones de nuevo jénero,
que las leyes no castigan
como debieran hacerlo.

Entran.....—Vaya un cigarrito;
usted gusta?—Lo agradezco.
—Estaba usted ocupado?
—Sí señor.—Sí, ya lo veo.
Y qué dicen los periódicos?
de noticias qué tenemos?
—No sé nada.—Y es posible?
Pues se agolpan los sucesos.
El rey de Suecia se ha roto

patinando el muslo izquierdo;
 á la reina de Golconda
 le han salido tres divisesos. ...
 Y entre los granos y el muslo
 suelen embutir un cuento
 del corsario Barba-roja
 ó de D. Alfonso el sexto.
 Despues viene otro cigarro,
 y ya encendido el tercero,
 — Ola.... las dos..... me retiro,
 trabaje usted..... hasta luego. »
 Mejor que ser literato
 y sufrir tanto camueso,
 de corazon lo repito,
 mil veces mejor ser cuervo.

ABENAMAR.

LIBRO DE MEMORIAS.

LICEO. — La sesion última de esta sociedad fue brillantísima, tanto por el concierto que se ejecutó como por la lucida concurrencia que asistió. La reina y su hermana la honraron igualmente con su presencia, y nada faltó para acabar de amenizar noche tan agradable. El aria del CORADINO por el señor Salas, con decoracion y traje, cantada como sabe hacerlo este inteligente artista; una fantasia de flauta perfectamente tocada por el señor Rivas; un duo bufo composicion del maestro Saldoni, cantado por la señorita Gonzalez y el señor Salas con esa gracia que ya arrancó la otra vez que se ejecutó en el Liceo numerosos aplausos, repetidos con no menos entusiasmo en esta noche; el aria del BELISARIO por la señora de Vega que escitó igualmente los mismos arrebatados aplausos que el jueves anterior; un vals á toda orquesta del maestro Saldoni, con otras no menos bien ejecutadas variaciones de flauta por el señor Rivas, terminando la funcion con el acto tercero de la LUCAECIA en el que la señora de Vega y el señor Salas lucieron admirablemente sus talentos, acompañados del señor Carrión: tales fueron las piezas que se ejecutaron y que dieron á conocer los magníficos elementos que encierra el Liceo en su seno. — Esto como sociedad da buen tono: como corporacion artistica habia espuestos en el salon amarillo varios cuadros al óleo; cuatro ó cinco marinas concienzudamente pintadas por el señor Brugada (hermano mayor) con esa laboriosidad de ejecucion y brillantez de pincel que hacen á este artista único por su estilo, sino

no lo fuera ya por su jénero en España; un retrato de Isabel II de medio cuerpo ejecutado por el señor Esquivel con esa facilidad que le distingue; un capricho del señor Van-Halen, dos derviches á caballo, ligeramente tocado y de armonioso efecto; y dos retratos por la señorita Odena que honran á su joven autora. Sabemos que, á invitacion de la nueva junta gubernativa, se ocupan las secciones en la reforma de las bases que las constituyen; y, por los proyectos que ya han formulado estas, creemos que saldrá el Liceo del estado de apatía en que se encontraban sus trabajos artísticos. — M.^o

TEATRO DEL PRINCIPE. — A beneficio del señor Guzman se ha ejecutado la comedia del señor Martínez de la ROSA, LA CAREZA ENCANTADA O EL ESPAÑOL EN VENECIA. La reproduccion de esta comedia nos ha confirmado en la opinion que expresamos en otro periódico cuando por primera vez se estrenó en el Liceo. Nos falta el espacio para repetirla ahora, pero basta que indiquemos á nuestros lectores que este drama pertenece al jénero de los cándidos é inocentes, y la época que alcanzamos busca que se le hable al corazon, no que se le entretenga con sencillez buenas para contadas á niños. La ejecucion, aunque no requiere un gran desempeño, fue perfectamente expresada por todos los actores, que han sido los principales de la compañía. M.^o

TEATRO DEL CIRCO. — El sábado se estrenó el baile LOS GRUPOS ó LA LIBERTAD DE LA GRECIA, que ha de-

ADVERTENCIA.

Habiendo escrito muchos de los suscritores de las provincias, que lo eran al ARPA DEL CREYENTE, manifestando el deseo de recibir el REFLEJO con láminas, se advierte que el aumento de precio que tienen que abonar por trimestre es 12 reales, que, para evitar complicaciones, deberán remitirlos por medio de una libranza sobre correos á la orden del DIRECTOR DEL REFLEJO, franco de porte. Si á pesar de todo prefiriesen hacer el abono en las respectivas librerías deberá ser este de 20 reales por trimestre.

mostrado al público de Madrid lo que vale la compañía coreógrafa de este teatro, cuando se la dirige tan hábilmente como lo ha hecho el señor Rouquet en este espectáculo; pues habia sido en verdad muy triste que, sin tan buenos elementos como posee el Circo, hayan podido los otros teatros llevarse la palma y el laureo en materia de baile. Podrá haber alguna ó algunas primeras parejas en los otros coliseos, pero carecen de un cuerpo de baile homogéneo y compacto é instruido para el caso. Así es que la batalla que se figura en el primer acto fue admirable de ejecucion, como el ejercicio de fuego y manejo del arma, desempeñado por todos los individuos de ambos sexos de que consta la compañía. Todos los bailables y demas divertimientos acabaron de dar á conocer la acertada direccion del señor Rouquet. La decoracion del tercer acto es lindísima, y concluyó de hacer resaltar este magnífico espectáculo. El martes se ejecutó la ópera MARINO FALIERO, de la que hablaremos en el próximo número.

TEATRO DE LA CRUZ. — El domingo se representó en este teatro el drama titulado Halifax, ó el pica-ro honrado, debido á la pluma del célebre Dumas. Hay en él caracteres perfectamente dibujados, y escenas muy cómicas, pero en su jeneralidad el drama es débil, y sobre todo altamente inmoral; así es que el éxito no ha sido muy feliz. Los actores que lo desempeñaron trabajaron con esmero.

MADRID: IMPRENTA DEL REFLEJO.